

Para no estar ahí

Francisco SÁNCHEZ PÉREZ
 Universidad Complutense de Madrid
 frsanche@cps.ucm.es

CANTÓN DELGADO, Manuela. 2013. *El olor de los elotes*. Córdoba: Editorial Séneca.

¿Qué otra primera cosa puede hacer un antropólogo que se dispone a leer una novela escrita por una colega de larga carrera profesional, como es la de Manuela Cantón, sino preguntarse por lo que pudo inducirla a traspasar los confines de su profesión para incursionar en un territorio tan ajeno a su disciplina como es la ficción literaria? ¿Qué la impulsó a dejar en suspenso y arriesgar una identidad académica consolidada para emprender una aventura tan ardua y de tan incierto resultado? ¿Qué ha buscado en la literatura que no encuentra en la antropología?

El antropólogo como lector cree encontrar una respuesta a sus preguntas en el diagnóstico vocacional que hizo Margaret Mead, afirmando que quienes no se sienten cómodos consigo mismos se inclinan por los estudios de psicología, los que no se encuentran a gusto en la sociedad en la que viven, por la sociología, y quienes no acaban de acomodarse en su propia piel ni en su entorno social, por la antropología. De haber vivido más de lleno los tiempos posmodernos —se dice el antropólogo como lector—, Mead habría añadido que quienes, habiendo optado por la profesión de antropólogo, no terminan de reconocerse en la imagen que les devuelve el espejo de la disciplina, en algún momento de su carrera se plantean escribir una novela. Algo que, según se mire, puede responder al natural prurito de curiosidad por experimentar mundos exóticos que se le supone al antropólogo, y exótica es, qué duda cabe, la experiencia literaria para quien se ha formado, conformado y deformado en los principios de una materia sometida a estrictos protocolos. Cabe pensar, así, que en la idea de escribir una novela anide el deseo de deshacerse de los corsés de la disciplina y de recrearse uno mismo en un entorno imaginado, lejos de los corsés teóricos, epistemológicos, metodológicos y técnicos; también, de respirar otros aires nuevos que no estén viciados de miasmas departamentales e interrumpir el cada vez más insistente *déjà vu* de las aulas, de las tesis, de los seminarios, de las comisiones, de las reuniones. O sea, que lo que pretende un antropólogo que se piensa como autor es huir, desertar, escapar. No estar ahí.

Claro que una cosa es no querer estar en el ahí de la antropología académica y otra que el supuesto desertor sepa moverse por el allí de la literatura, y la salida del antropólogo como autor de la disciplina por la puerta de la ficción quizás no vaya más allá de unas cuantas o un montón de páginas, antes de pulsar la tecla de borrar documento, convencido de que se ha adentrado en un escabroso territorio desconocido, provisto con un GPS cuyo software está programado para captar información

del satélite antropológico mas no del literario. Después de todo, se dirá, ¿qué pinta él metido en una aventura que solo puede restarle crédito entre sus colegas y pérdida de tiempo para cumplir con las normas de la disciplina a la que se debe? El antropólogo como autor (frustrado), retorna así al orden disciplinario con la pluma literaria entre las piernas, para apagar los últimos rescoldos del fuego fatuo que provocó su ardor creativo con un sesudo artículo bien dotado de sofisticada teoría y realismo etnográfico, convenientemente aderezado de léxico, citas y referencias bibliográficas extraídas del más puro canon, cuidándose, eso sí, de mantener en un profiláctico secreto profesional la cana al aire que ha echado por el lupanar de la ficción.

O quizás no —se dice el antropólogo como lector a punto de abrir la novela—, quizás la necesidad de huida siga empujando o la de búsqueda tirando del antropólogo como autor y este consiga pergeñar un relato que, muy probablemente, carecerá de estructura argumental y estará habitado por personajes de cartón piedra, sin vida propia; meros oráculos discursivos que no hacen sino dejar al paio los fantasmas personales y profesionales de un autor que no sabe desdoblarse en narrador, porque su ciencia no concibe un sujeto de conocimiento sospechoso de sufrir semejante brote de esquizofrenia. Dependiendo de su capacidad de autocrítica, en algún momento se planteará regresar a sus lares familiares, pero a la vista del panorama que le espera, decide seguir con su huída hacia adelante, escribiendo, tachando, borrando, corrigiendo, rompiendo, volviendo a escribir, tachar, borrar, corregir y romper, batallando con el super-ego disciplinar para mantenerlo a raya, sumido en el vértigo que le produce contemplar la fosa curricular que, sin nada ni nadie que lo obligue a hacer semejante harakiri, él solito se está cavando, si después de un montón de meses, seguramente años, no tiene al menos la coartada de una novela publicada, aunque sea una novela fallida. Siempre podrá mentir(se) diciendo que lo que él pretendía no era convertirse en escritor, sino llevar a la práctica una radical experiencia de antropología posmoderna. Para mitigar su vértigo procura que el relato contenga los suficientes ingredientes antropológicos para, en el improbable caso de fracaso literario, poder camuflar el producto y colarlo como un trabajo más en su contabilidad curricular. Avanza así por la sinuosa vía de la pseudo-ficción, tratando de mantener un pie sobre en el raíl de la literatura y el otro en el de la antropología, con la pretensión de engendrar un libro que contenga a ambas, por si acaso; algo así como una suerte de ‘novela antropológica’, aunque no sepa muy bien en qué pueda consistir tal cosa.

Hasta que, por fin, pone Fin, aliviado porque ya tiene su coartada y convencido del interés que ofrece su creación. Convicción que dura lo que tarda en acercarse a la primera editorial y se da cuenta de que lo que ha gestado no es un genuino híbrido compuesto de genes antropológicos y literarios, sino un ornitorrinco, un inclasificable engendro que escapa a la taxonomía editorial, pues no encaja en la sección de Ficción, porque no reúne las mínimas cualidades literarias para ser considerado una novela —demasiado lastre disciplinar—; ni tampoco cabe en la de Ensayo, pues a ver dónde está el planteamiento del problema y su desarrollo, con sus conclusiones, sus citas, sus notas y su bibliografía debidas. Claro que el editor puede barruntarse que quizás valga la pena arriesgarse a publicarla (total, para lo que va a pagarle al

autor), pues lo mismo pasa que abre un exitoso subgénero de novela antropológica tan rentable como el de la novela histórica, a poco que la prescriban los profesores de los cientos de jóvenes que cada curso recalcan en la carrera de Antropología, tratando también ellos de escapar de sí mismos y de su entorno social. Y lo que pasa es que la novela pasa más desapercibida de lo que el editor calculaba y el antropólogo como autor soñaba.

Sale el antropólogo como lector de sus reflexiones, dispuesto a empezar a leer la novela que tiene entre sus manos, bella y proustianamente titulada *El olor de los elotes*, sin saber a ciencia cierta si su colega, Manuela Cantón, llegó a la Antropología huyendo de sí misma, de su entorno social o de ambos, aunque no hace falta avanzar en los entresijos de las 234 páginas que tiene por delante para adivinar que algo parecido a un intento de fuga sí es esta primera novela, pues ya en la misma presentación se afirma que es “la ocasión que esperaba de abrirse paso entre la espesura de la producción científica”.

Con esta información, el antropólogo como lector se adentra en la lectura, curioso por ver si, a diferencia del “des-autor-izado” antropólogo de sus pensamientos, Manuela Cantón consigue salir de la espesura antropológica e incursiona con solvencia en el territorio de la literatura. Y en la primera página empieza a temerse que no, que tampoco Manuela Cantón va a ser capaz de librarse de los grilletos de la disciplina, al darse de bruces con el primer personaje, Alejandro, un antropólogo español recién aterrizado en el aeropuerto Benito Juárez, en Ciudad de México, con la intención de “recabar información sobre la Santa Muerte mexicana”, para irse después a Guatemala, donde llevar a cabo una “visita ordenada a los centros de culto a San Simón”.

Ni modo. Otra novela antropológica o de antropólogos —que no es lo mismo, o sí—, sentencia el antropólogo como lector, antes de proseguir y confirmar que, en efecto, la profesión de la autora se deja traslucir en los tintes etnográficos con los que traza las primeras descripciones de la megalópolis azteca que va desplegando el flujo de pensamiento de Alejandro, aunque sin duda tienen calidad literaria; pero sobre todo se pone de manifiesto el peso de la antropología en la presentación del personaje mismo: “un exitoso antropólogo con más de treinta años enseñando en una universidad española de renombre”, convertido en una “celebridad en lo relativo a costumbres extrañas, rarezas impenetrables del comportamiento humano, sistemas rituales ignotos y toda suerte de exotismos que han conformado un filón del que vivo holgadamente”.

Más allá de la ficción que pueda suponer la existencia de una universidad española de renombre y de un antropólogo español exitoso que afirma vivir holgadamente de su profesión, —a no ser que tales afirmaciones se entiendan desde el relativismo más extremo—, Alejandro representa de un modo muy realista la figura de un típico profesor español con una larga experiencia en cruzar el Atlántico, perfectamente familiarizado con los departamentos, las aulas, los pasillos y las cafeterías universitarias de la antropología de ese país y con meses o años de trabajo de campo en las culturas mesoamericanas o andinas. Un americanista más el tal Alejandro, con escaso interés literario y, por cierto, un tanto petulante, si tenemos

en cuenta que el personaje habla en primera persona; uno de esos antropólogos que bien pudieron justificar el deseo de huir a la ficción o a la jubilación del fracasado antropólogo como autor, y ahora parece que pretende la antropóloga como autora, a punto de ser “des-autor-izada” por el antropólogo como lector, porque todo apunta a que tampoco ella va a ser capaz de librarse de los corsés de la disciplina y crear un mundo de ficción verdadera que solo responda a las leyes de la imaginación, si es que cabe pensar tal paradoja. Con que se dispone a ver cómo Manuela Cantón se las arregla para solventar lo que, más que una escapada literaria, apunta a convertirse en un garbeo por las afueras de la antropología académica, que, a no dudar, será sumamente interesante, dada la larga experiencia y profundo conocimiento que tiene de la cultura mexicana, y menos aburrido que un artículo al uso.

Y de golpe, el antropólogo como lector se ve obligado a dejar en suspenso sus prejuicios y reconocer que su colega no ha necesitado más de tres páginas para desprenderse de los grilletes de la disciplina y mutarse en autora sin atributos, de lo que empieza a tener visos de ser una novela en toda regla. Y lo hace con dos frases de presentación del personaje de Alejandro puestas en su flujo de pensamiento: “Con el tiempo he ido descubriendo qué animal he de sacar de la chistera a cada lado del Atlántico. Me siento una especie de prestidigitador, una mezcla de poeta, teórico, histrión y chulo de las ideas”. Todo un golpe de efecto literario que transforma a un vulgar ejemplar del nicho universitario en un verdadero personaje de ficción que respira aires de novela negra norteamericana; uno de esos tipos creados por Raymond Chandler, algo cínicos, algo sobrados, algo duros, de vuelta de casi todo, capaces de reconocer sin el menor rubor que “hace ya tiempo que decidí repartir con esmero escenarios, chisteras y trucos. En las universidades americanas imparto conferencias que desgranar sesudas epistemologías en las que también estoy bastante puesto, lo reconozco sin sonrojo. Y ante públicos europeos procuro deslumbrar con mis conocimientos de primitivos intocados, dioses selváticos de gran voracidad, economías de subsistencia y sexualidades salvajes”.

Con estas contundentes y descaradas declaraciones, tan extrañas a los siempre contenidos e impolutamente éticos modos universitarios, el personaje de Alejandro adquiere vida propia, encargándose él mismo de romper todo posible resquicio de vínculo con Manuela Cantón al prevenir directamente al antropólogo como lector para no caer en el error de verlo a él como un alter-ego, un trasunto de ficción del que se sirve la antropóloga para escapar de su realidad académica camuflada de autora. “El hecho de que éstos —México y Guatemala— hayan sido los dos escenarios principales de la trayectoria investigadora de quienes ustedes creen autora de este libro, nada tiene que ver con mi elección, he de aclarar. Por lo que sé de ella, aún cree perdidamente en lo que hace. Yo ya no.”

De la mano de Alejandro, el antropólogo pierde sus atributos para ser ya un lector abducido por una fluida y elegante prosa que incursiona en una densa, oscura, compleja y bien estructurada trama, para visitar escenarios marginales y subterráneos de la Ciudad de México, áridos paisajes norteños de Chihuahua y verdes colinas sureñas de Chiapas. En las páginas que siguen el lector se encontrará con antropólogos y antropologías, que, como no podía ser de otro modo, salen de la imaginación de

alguien que conoce muy bien los entresijos de la profesión y la realidad mexicana. Pero solo si se tiene imaginación literaria, puede un antropólogo transmutarse en autor para poner todo ello al servicio de la ficción y no al revés. ¿Cómo si no puede concebirse un secuestro como el sufrido por Alejandro, cuyo rescate no es otro que escribir un relato en honor de la Santa Muerte; o esa serie de increíbles doctorandos sordomudos oriundos de Chiapas, entre los que destaca el fascinante personaje de Aliseda; todo el coro de personajes vivos o meramente imaginados, al más puro estilo rulfiano, que transitan por un mundo, a veces sórdido, marginal, lleno de las pasiones desgarradas del mejor de los corridos, cruzado de búsquedas, encuentros y desencuentros, tan eficaz y brillantemente escrito por la mano de la autora Manuela Cantón.

Cuando al final el lector emerge de su lectura y recupera su atributo de antropólogo, no puede menos que sentirse agradecido y reconfortado por la oportunidad que *El Olor de los elotes* le ha proporcionado de escapar, siquiera por unas cuantas horas, de la espesura de su disciplina. Y a ella regresa, algo celoso porque Manuela Cantón sí ha sabido liberarse de los lastres de la profesión para adentrarse en la literatura, y convencido de que nada le impide a ella responder a la “sutil voz del destino que te invita a dejar la antropología y dedicarte abiertamente a la ficción”.